

# PACIFICO.

MAGAZINE



OCTUBRE  
1913

Precio: UN PESO

# SUMARIO

EJEMPLOS QUE ENSEÑAN Y ALIENTAN, <i>Jorge Fernández Pradel</i> .....	435
CAMPO SANTO .....	F. Santiván 437
Ilustraciones fotográficas	
LA FORTUNA MISTERIOSA, .....	<i>Joaquín Díaz García</i> 443
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux	
PEDRO ANTONIO GONZALEZ, .....	<i>Armando Donoso</i> 465
UN BUEN DATO, .....	<i>Claude Marsey</i> 483
LAS AGUSTINAS .....	487
Ilustraciones fotográficas	
UN MENSAJE A GARCIA, .....	<i>Elbert Hubbard</i> 492
JULIO TELLEZ .....	<i>J. B. C.</i> 495
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux	
MADRE E HIJA, .....	<i>Julio Lemaitre</i> 513
TIVOLI Y LA VILLA DEL CARDENAL D'ESTE, <i>J. D. G.</i>	518
EL JUEGO Y EL PRESIDIO .....	526
LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES, <i>M. Maeterlinck</i>	528
LABORATORIO QUIMICO MUNICIPAL, .....	534
Ilustraciones fotográficas	
LA VIDA INTENSA, .....	<i>Francisco Rivas Vicuña</i> 537
Ilustraciones de Martín	
EL ESCARABAJO SAGRADO, .....	<i>Henry Fabre</i> 549
EL CAPITAN CONQUISTADOR, (Folletín) .....	558

---

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

# Pedro Antonio González

(Fragmento de un estudio)

Por

ARMANDO DONOSO

Corrido ya el primer decenio de la muerte de Pedro Antonio González, es hora de poder analizar serenamente lo que para la posteridad queda de tan altísimo lírico.

Su obra está ligada por raíces profundas y recias a la actual generación lírica. Ella marcó claramente el momento de transición que media entre la antigua y gastada manera romántica y la nueva orientación poética de los Bórquez Solar, de los Contreras, de los Rocuant, de los Pezoa Vélez. "Ritmos" fué el primer bello gesto de audacia lanzado en Chile por un poeta original que, apartándose de la antigua senda recorrida por versificadores ramplones, afirmaba en sus poemas un concepto nuevo y brillante del verso. Viril e imaginativo, ardoroso y magnífico, no rezaron con él la limitación de la retórica ni la pulcritud estrecha del lenguaje. Es poeta de libre vuelo; su ideal lírico acaso se podría sintetizar en una aspiración hugueana de la poesía. Grandilocuente y opulento como el cantor de "La leyenda de los siglos", persigue el ensueño de la forma amplia en cuyo molde pueda acubar el corazón del pensamiento audaz y de la idea viril.



Pedro Antonio González. Último retrato 1899

I

Nacido en el último rincón de una provincia del sur (en Nirivilo, Maule), su vida fué siempre incierta. De escolar viéronse las aulas encerrado a menudo en su extraño mutismo: la vaguedad de sus ensueños le trasportaban lejos del momento y, según recuerda quien fué un camarada suyo, González parecía vivir en pleno sonambulismo espiritual, lejos de la vida y de los hombres, en extraña peregrinación ideal. De niño supo ser reservado y huraño: estudiaba con curiosidad extraña y a la edad en que otros no pasan de ser adorables e inocentes boquirrubios Pedro Antonio ya devoraba sendos tratados de indigesta filosofía. Contribuyó eficazmente en su seria orientación intelectual la influencia de un tío carnal suyo, el Padre Valenzuela, hoy Obispo de Ancud; docto polígrafo, hombre de imaginación y de muchas luces. Cerca de él el poeta aprendió filosofía y pudo leer algunas obras de la literatura sagrada. Más tarde, su radicalismo en ideas y las múltiples inesperadas circunstancias de su vida le alejaron de aquel su director espiritual. Su extremada

pobreza no le permitía mayores lujos bibliográficos que los muy escasos que le proporcionaban las bibliotecas públicas tan reacias a las novedades del arte y del pensamiento cuanto abundantes en inútiles y abultadas colecciones de escritores toños e insípidos.

Transcurren sus primeros años de juventud. Instalado ya en Santiago, González extremó más aún su aislamiento. Escasos fueron sus amigos, pues aquel hombre de suyo hosco gustaba antes de la soledad que del bullicio de la charla locuaz. En la reclusión humilde de su retiro de bohémio escribía sus versos que acaso no soñaba publicar jamás. A no mediar la feliz iniciativa de su mejor amigo, Marcial Cabrera, que dió a luz sus mejores estrofas en "La Ley", "El Almanaque Sud Americano" y luego, más tarde, en el volumen "Ritmos", acaso aquellos sus hermosos poemas hubieran permanecido inéditos aún algunos años más. Tal era la descuidada reserva del poeta. Su naturaleza imposible e indiferente le obligaba a odiar el bullicio y las preocupaciones. Sus manuscritos, incompletos y dispersos, andaban al azar, confundidos en el desorden de sus libros y de sus papeles de profesor. El entusiasmo piadoso de sus amigos evitó, en más de una ocasión, la pérdida de sus versos que algún criado distraído arrojará confundidos con papeles inútiles.

Vida triste, claudicante y menesterosa fué siempre la del poeta. Lejos de la realidad no comprendió jamás la necesidad de acorazarse para luchar contra la tiranía del diario mendrugo; fué poeta, antes que nada, como Verlaine, Villon y Zorrilla. Infantil e ingenuo cual un niño: bueno, compasivo y triste. Apenas si subvenía a las exigencias de su existencia modesta con las cortas remuneraciones de un sueldo de profesor, ganado en algunos establecimientos de enseñanza femenina. Los Liceos Santa Teresa e Isabel Lebrun de Pinochet le contaron en sus clases de castellano durante muchos años; y las buenas muchachas que poblaban sus aulas, como bandadas de aves, inquietas tuvieron en el poeta francos entusiasmos, ardorosas alegrías, que aún recuerdan hoy, corridos los años, más de algún álbum de adolescencia, en cuyas hojas quedaron los versos de González como una promesa o un buen deseo.

Y, desgraciadamente, en aquellas aulas, en las cuales docenas de muchachuelas comenzaban a ensayar la resistencia de sus alas de mariposas, encontró Pedro Antonio González a la que más tarde había de ser la sombra cruel de su vida. Bondadoso e ingenuo el poeta, siempre solo, siempre triste, siempre huraño, necesitaba de la bondad de una mano piadosa que tornara afables aquellas sus horas lentas de soñatario. Y entonces fué víctima de su propia inexperiencia de su ingenuidad, pues llegó a creer que la felicidad de su vida podía depender de una mujer joven, bonita y frívola, como una ojeada de primavera que penetrase en su cuarto sombrío. Enamorada del poeta más que del hombre, una de sus alumnas, adolescente, en plena primavera, aceptó el afecto apasionado de González, más como una ofrenda que como una estallido sincero de pasión. Se amaron ambos desigualmente, como puede sentir el amor una muchacha ardorosa de dieciocho años, ebria de sol y de vida, y como puede esperarlo un hombre indiferente, reflexivo, amargado por todas las decepciones de una existencia errabunda y pobre. Muy de mañana salía el poeta del hogar mientras quedaba en él sola la compañera de sus horas. Bebía luego González y aquel abandono se tornaba entonces en desesperanza para la esposa. La juventud alada de ella acabó por mirar con indiferencia la tristeza huraña del poeta. No tardaron mucho en llegar los primeros desacuerdos y las primeras decepciones; la vida desarreglada de González, ajena a toda norma, sus errancias sin fin, sus haberes mezquinos, sus frecuentes horas de beodo, no eran por cierto el ideal que podía perseguir una muchachuela ilusionada. El abandono es el peor consejero; y ella, desde sus primeros días de matrimonio con el poeta, se vió resignada a sufrir la soledad del esposo y la indiferencia de aquel en quien ella creyó encontrar mucho amor y mucha ternura. "No era mala yo y lo quis: mucho—me decía una tarde la que es hoy una débil pecadora—pero él fué muy tonto conmigo". Y aquella muchachuela no era, desgraciadamente, una mujer superior que alcanzase a comprender la naturaleza complicada de González; demasiado mujer y demasiado débil ante las acechanzas de la miseria, soportó primero sus dolores y sus aislamientos en silencio hasta que luego la dea-

gracia irreparable de una primera debilidad, hizo de aquella muchacha ingenua una pobre mujer, flaca de voluntad y de virtud. Entonces comenzó el poeta a sufrir el más dantesco de los suplicios: su hogar duró algún tiempo conservando las apariencias de la tranquilidad, aún cuando en su interior la tragedia espiritual de sus ilusiones había tenido un desenlace prosaico. Mercó la esposa en amores pasajeros y, luego, vino el abandono brutal al poeta: le dejó ella un día, acaso por caridad de que él no asistiese a diario a la comedia de su propia deshonra. Entre tanto a través del espíritu de González, pasaban tales infortunios como rachas de dolor desencadenadas: más errante y más desilusionado que nunca entonces, apuró su lento suicidio: bebía y fumaba con exceso, sin orden, sin medida. Una antigua afección al corazón más. En vano le aconsejaban sus ami-

gos, en vano le intimidaban los doctores: aquel hombre frío, indiferente, poco y nada parecía preocuparse del fardo de su vida. Transcurrió algún tiempo y la dolencia aquella le llevó en Septiembre de 1903 al hospital de San Vicente de Paul. Deshecho, arruinado físicamente, soportó tan sólo algunos días su espantosa enfermedad. Interrumpido completamente el funcionamiento de las válvulas auriculares del corazón, la sangre no acúa ya a través de su organismo. Y, tres días antes de irse para siempre tuvo que sorportar Pedro Antonio González, en su lecho del hospital, una muerte lenta y horrorosa: la putrefacción comenzó a corroerle un pie y luego un costado del cuerpo.

La falta de circulación en la sangre pues su ya débil corazón destrozado no tenía fuerzas suficientes para vaciarla a través de las venas, precipitó aquella decadencia lenta y desesperante.

Rodeado de algunos amigos, murió en la mañana del 3 de Octubre de 1903, en olor de sacrificio y de serenidad espiritual.

## II

Quedan de la obra de Gonzalez algunos trabajos inéditos: una colección "Nuevos Ritmos", los "Himnos escolares" (actualmente en mi poder) y una serie de pequeños poemitas: "Asteroides". Durante su vida sólo apareció "Ritmos" y, más tarde, el editor Miranda reprodujo en un volumen esa su primera obra además de numerosas poesías sueltas, fragmentos de poemas, *El Toqui*, *El Proscrito*, publicados ya en periódicos y revistas.

*Don Pedro Antonio González y sus amigos  
 Don médico de Bayona Pedro A. González - París.  
 70 - afonso de la casa matriz de San  
 tad y antiguo compañero. S. Santiago;  
 70 de la casa del 703-*

*Pedro A. González*

Ultimo autógrafo del poeta, escrito tres días antes de su muerte

En el único ensayo sobre estética que publicó González durante su vida, escribía lo siguiente: "El principio originario de la Belleza es la Armonía, más la Vida". ¿Hasta dónde responde la obra del poeta a tal definición? Como hombre de ideas en muchas ocasiones hizo González de sus versos ardientes loas a la libertad, al progreso y al libre pensamiento. Algunos de sus poemas, sobre todo los de sus primeras cosechas líricas, antes que dar libre vuelo a la fantasía imaginativa, tejendo arabescos de paradojas y metáforas, procuran hacer sentir la vida en sus más intensas manifestaciones: *El Monje* habla de los dolores de un imposible, la angustia de la lucha cruenta entre la carne que se rebela y el espíritu que la contiene; *El Proscrito* es una autobiografía ideal, en la cual el poeta recuerda sus errancias y repasa sus ideas de niño, sus sentires y sus vagas aspiraciones inquietas; *Lord Byron* constituye un bello himno a la vida, al amor y al placer; *El Toqui* es un poema heroico, loa magnífica a todas las exaltaciones del alma araucana; *París y Roma*

evoca, en un fragmento vigoroso, un canto ideológico a la libertad y a la razón. Pero no es en tales producciones donde el lirismo de Pedro Antonio González encuentra su más alta perfección. Si en ellas es posible adivinar muy de cerca al hombre atormentado, como Hugo, por todas las pasiones de su siglo, en cambio, en sus poemas de pura fantasía y de pura emoción lírica raya mucho más alta la maestría poética de González: despegada a toda vela en el campo amplio de la imaginación su fiebre de belleza, el poeta abre las alas a las vastas latitudes, como una águila embriagada del azul infinito. Pueden entonces sus versos carecer tal vez de intensidad filosófica, pero, en cambio, todo lo que pierden subjetivamente lo ganan en musicalidad y en magnificencia verbal. Así Dantesca es un canto maestro hasta la perfección: una lectura de la "Divina Comedia" sensibiliza la inspiración del poeta y luego la desata en un torbellino de armonía. Todo su entusiasmo por la creación del enorme florentino se acuña en versos opulentos como gemas y sonoros como cristales: pasan a través de ellos los deslumbramientos del Dante, las visiones gigantescas, el horror del infierno, los vértigos esplendorosos, los torbellinos de las almas que se retuercen, la sublime grandeza celestial. Todo, todo el torbellino de la "Divina Comedia", en un deslumbramiento extraterreno:

¡Dante! Tu colosal deslumbramiento  
carece de riberas  
Sube de firmamento en firmamento,  
de esferas en esferas:  
Sube de cataclismo en cataclismo,  
y de escombros en escombros,  
y de abismo en abismo,  
y de asombro en asombro!

No hay una idea central, una idea maestra en el poema, como no sea la de simple evocación del libro enorme del florentino. El poeta sólo quiso recordar su impresión de espantosa belleza y su asombro gigante y fantástico hasta lo sublime, en imágenes que no desmienten la magnificencia del enorme poema latino. Cada estrofa de González interpreta las imágenes y el simbolismo de algunos cantos del Dante: Virgilio y el poeta florentino

han abandonado el purgatorio y vuelan a través del infinito. Sus siluetas enormes se le imaginan a González dos alas de una águila. Ante el pórtico del cielo se despiden ambos viajeros. Virgilio retorna solo a través de las profundidades, ebrio de la nostalgia del cielo que no han visto sus ojos:

¡Oh la dulce ternura  
con que al fin de su vuelo  
se despiden los dos allá en la altura  
ante el místico pórtico del cielo!  
¡Oh, las inmensidades  
sin órbita y sin polo  
cuyas profundidades  
cruza Virgilio, que se torna solo!

Y Dante penetra en el Paraíso. Las visiones célicas le deslumbran. Las vírgenes cantan en un coro rutilante. Y, entre tanta magnificencia, la bondad divina le reserva al Dante la mayor de las dulzuras. Beatriz ha muerto para él en la tierra, pero la ha encontrado en el cielo, en la forma de un ángel que pasa ante sus ojos como una visión de ensueño y de gloria:

¡Dante! Por sus oídos  
pasa un viento sedoso  
cuajado de recuerdos y de olvidos  
que flotan en la bruma de un ensueño.  
Desciende columpiándose en sus ondas  
al compás de una lira de alabastro,  
un ángel de alas blancas  
bajo el nimbo de un astro.  
Es Beatriz. Es la amada virgen pálida  
que él vió cruzar un día por el suelo  
como la melancólica crisálida  
del más hermoso querubín del cielo!

El símbolo es hermoso hasta la sublimidad. Jamás un poeta cristiano llegó a divinizar de tal modo un sentimiento ideal extraterreno. Toda la grandeza del cielo la ha comprendido el Dante con el sólo hecho de volver a encontrar a Beatriz. En su imagen adorada ha entrevisto la magnificencia y la bondad incommensurable de Dios.

Es preciso analizar detenidamente este poema, el más bello de cuantos compuso jamás Pedro Antonio González, y es preciso recordar mucho la "Divina Comedia" para comprender todo el esplendoroso simbolismo de Dantesca. Cada estrofa representa una



*Lecho del Hospital, en la sala de San Carlos en que murió el poeta*

imagen y una evocación. El horror del infierno, la tristeza de Virgilio al regresar a la Tierra, la hermosura de Beatriz, el deslumbramiento del Dante, y la melancolía final con que ante sus ojos se aleja la prometida ideal. Sólo en quien amaba y conocía tan hondamente el enorme poema del genial florentino, es posible comprender toda la exaltación de belleza que arrancó a los tercetos de la "Divina Comedia". La cultura literaria de González era vastísima en letras clásicas: a menudo hablaba él de que sus lecturas favoritas habían sido siempre los poetas antiguos: Milton, el Dante, Byron, Goethe. Sólo así se comprende también esa su aspiración grandilocuente en el verso. Su hondo amor por las ideas universales, su concepto abstracto y metafísico del mundo, su racionalismo filosófico, derivan, seguramente, de los modelos que leía continuamente. Como Hugo acarició siempre la idea de Dios, sin definirla nunca, pero sintiéndola siempre cual una fuerza superior, justiciera y eterna: ya recuerde a Pascal, cuando pide que el hombre se asome al abismo de su propio ser, pues, "ese mundo sin nombre—es un mundo que Dios te ha revelado"; ya pide al artista, en su ideal de perfección, que haga brotar el resplandor de Dios en su alma. (El resplandor en tu alma brote); o ya procura que el poeta sondee la inmensidad y la mirada de Dios, sea su libro eterno. González, como Milton, el Dante o Hugo, buscó siempre en el símbolo de Dios la cristalización humana de sus mayores aspiraciones: su panteísmo filosófico encontró en él la limitación de toda su inquietud metafísica.

También en otros de sus mejores poemas líricos *Las Ondinas, Occidentales, Lucrecia Borgia*, es posible reparar cualidades análogas a las de *Dantesca*: verso magnífico y sonoro, grandes conceptos aislados, imaginación abundante y fantástica, rotundidad lírica admirable, rima tan rica como opulenta, colorido esplendoroso. El poeta invoca en *Las Ondinas* los sortilegios de la naturaleza en todos sus espléndidos encantos: ellos presiden en la fecundidad de la vida y en la renovación eterna de los seres. Son los sacerdotes del misterio. Las Ondinas, deldades de las aguas, que viven en grutas marinas en las cuales la naturaleza ha trazado los arabescos de sus caprichos, entonan un himno a la primavera, porque la fresca estación es la confidente de su belleza, y recuerdan los horrores del invierno que hunde las barcas mientras ellas, en rondas de locura, y sobre las alas de los vientos, llevan a los manes de todos los nautas al alcázar de los divinos egípanes:

Su mágico alcázar se eleva en los flancos de un terso y esbelto peñón submarino. lo alzaron en vagos crepúsculos blancos los pólipos todos con su arte divino.

Las ondinas sueñan con los misteriosos capripedos, viejas divinidades de los bosques oscuros y de las montañas tenebrosas, mientras los egípanes en sus rincones silenciosos lloran la nostalgia de la tierra. Un día se hicieron al mar, dando al viento las velas latinas, ebrios de ensueño y de luz; pero, hé aquí que sobrevienen las sombras y Neptuno desencadena das iras de sus cóleras bravías. Tras el naufragio de toda esperanza, las castas ondinas se apiadan de la suerte de los prisioneros y les conducen en alas de los huracanes, a sus alcázares magníficos.

Mas, ¡ay! No podemos nosotros amarlas  
[porque ellas son seres  
que se desvanecen cuando uno las palpa,  
[cuando uno las toca.  
No tienen el fuego del beso vibrante que  
[dan las mujeres,  
que ponen la gloria de todas las mieles en  
[su húmeda boca.

Pero ni sus caricias, ni sus amores, ni sus locuras, bastarán para consolarles. Ellos

aman la tierra, las vírgenes ardorosas que esperan en la ribera nativa el retorno de la barca que llevará de nuevo a los fugitivos a sus brazos:

Nosotros amamos sus formas mortales,  
 [sus formas terrenas.  
 Su sólo contacto nos ritma los nervios,  
 [como una caricia.  
 Su sólo contacto como una caricia nos rit-  
 [ma las venas.  
 ¿Y cual su contacto no existe en tu alcá-  
 [zar ninguna delicia?

¿Quiso González hacer de este poema un lindo cuento simbólico, dentro del carácter mitológico? Seguramente; sus muchos conocimientos estéticos le permitían fácilmente penetrar por los más retorcidos senderos del arte, hurgando a través de la historia misma espléndidos motivos líricos. Su imaginación ardorosa le hacía fácil la creación de bellos arabescos ideológicos sobre pequeños motivos. Tal sucede también en *Occidentales*, poema fantástico, cuya riqueza verbal sólo puede ser comparada con la de *Las Ondinas*. El poeta supone al Austro monclógando su rosario de recuerdos mitológico-heróicos, tal una deidad arrancada del Ramayana, que escuchase la voz de los mares y los aullidos tenebrosos del viento y adivinase en ellos fuerzas extraterrenas, voluntades conscientes de terror y destrucción. El Austro encarna, según el poeta, una deidad anciana, que ha visto nacer el tiempo y la Aurora, que ha presidido en la gestación de los mundos y ha contemplado la sombra de Dios en las aguas del Cáo. Pero el Austro es más antiguo que todo eso, tiene la edad de Dios, ya que su origen es la voz de Dios mismo cuando creó el Universo. La imagen con que el poeta expresa esta figura huguesca incomparable es cuanto de más fuertes hay en su lirismo:

Fu la voz con que Dios dialogó con él  
 [mismo  
 en la mística noche del éter disperso.  
 Fu la voz con que Dios arrancó del abis-  
 [mo

las miríadas de soles del vasto Universo!

El presidió en la creación, en las grandes catástrofes, en las estrepitosas maravillas de los diluvios, en las muertes de los planetas, en las catástrofes polares, en las tempestades inmensas, en los naufragios:

Yo acudillo las nubes del trópico mismo  
 en mi audaz y veloz rotación meridiana,  
 arrastrando el inmenso temblor del abis-  
 [mo  
 en el ronco fragor de mi marcha oceana!

El ha sentido palpar sobre su vientre el mundo, con sus sacudidas locas y las sutilidades de sus caprichos. El vió también surgir del Ponto a la América informe, mientras crecía de polo a polo y mientras se destacaban hacia el cielo los Andes inmensos de entre las espumas, como una mandíbula formidable que quisiese morder el cielo. El vió también cuando Iberia echó sus barcos al océano en busca de las Indias lejanas; y vió crecer los pueblos indo-latinos, y a sus hijos ser grandes después de ser enanos, ser infames después de ser justos. El ha atronado, por fin, a Eridano y Orión, al Terror y al Erebo, batiendo los bronceos del primer himno de libertad del Nuevo Mundo.

Fuerte de belleza y de admirable entonación lírica es el magnífico canto a *Lucrecia Borgia*. González, como artista, antes que todo admiraba en la pérfida sirena de ojos negros—según el decir de un poeta de la época—el milagro fascinador de esa belleza que siempre creyó el origen único de todas las desgracias que en su al rededor se desencadenaban, de padres a hijos, de hermanos a esposos, de amantes a criados. En sus labios ardorosos pone él la voz de sus versos que resuenan como tañidos de cuernos en la noche:

Yo soy todo, porque soy bella. Yo soy  
 [satánica.  
 Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca  
 [loca.  
 yo llevo el soplo de la candente llama vol-  
 [cánica  
 que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Y la fatalidad de su belleza lleva a todas partes rachas desencadenadas de do-

lores que surgen y estallan en el silencio de todas las traiciones. El tormento es su placer: se goza con perversidad en el dolor que esparce su belleza, atormentando los corazones, viendo estallar los celos y los odios que rugen:

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo  
[que altiva piso  
caer al hombre bajo mis plantas, rendido  
[y tierno;  
y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un  
[paraíso;  
y en sus transportes, en vez de un cielo,  
darle un infierno.

Todo este ciclo de grandes poemas de Pedro Antonio González, que dan la medida de su temperamento de poeta, ya en plena madurez intelectual, (pues fueron compuestas entre los 30 y los 40 años) desuellan por su exaltación imaginativa y por sus virtuosidades verbales, tan insólitas como raras por los años en que fueron escritos. Los ecos de la lírica americana moderna (en su modalidad última, que muchos incomprensivos dieron en la gracia de l'amar *decadente*) en aquellos buenos días en que González escribió sus mejores versos, llegaban ya a Chile en revistas y diarios: Rubén Darío, Lugones, Nervo, Valencia, musicalizaban en sus mejores estrofas abriéndose sus caminos propios a fuerza de audacia y de talento. González tuvo ocasión de conocer "Prosas Profanas", pues en algunas de sus buenas poesías de entonces advertimos ecos que hacen recordar los versos del poeta nicaragüense. Bastaría citar al azar:

Sueña sueña en los cielos extraños  
donde el éxtasis tu alma dilata,

y recordar luego el comienzo de la hermosa estrofa de Rubén Darío:

Boga y boga en el lago sonoro  
donde el sueño a los tristes espera...

para advertir inmediatamente que los transparentes decasílabos del autor de "Azul" despertaron un entusiasmo ardiente hasta la imitación en González, durante aquellos buenos tiempos en que él bregaba sólo en el último rincón de América, riñendo sus mejores combates ideológicos

contra la estultez y la rutina todopoderosas, mantenidas por espíritus bravamente misonéfstas. Y no podía ser de otro modo: gran lector y amante de lo nuevo, no permaneció González indiferente ante los magníficos ecos trasandinos de lirás bien acordadas. Antes que un alcázar hermético, fué su espíritu un jardín abierto a todas las fecundidades del cielo y de la



El poeta en su lecho mortuario

noche: el rocío y la claridad lunar llegaron a él como una fuerza de renovación y de vida.

### III

Enteramente desconocida por los contemporáneos del poeta, con la rara excepción de dos o tres amigos íntimos suyos, es la pequeña colección de "Himnos escolares", que, desgraciadamente, quedó incompleta. Era ciertamente González un poeta demasiado complicado para que sus poesías llegasen a revestir una sencillez tal que pudiesen llegar al corazón de los niños. La misma riqueza ideológica y verbal le traicionaban fácilmente: jamás hubiera podido sacrificar su magnificencia en holocausto de una sencillez inútil y perjudicial. Tal vez González tenía muy acentuadas todas las condiciones negativas de un poeta creador de infantilezas: antes que un narrativo era un lírico de alto vuelo. Y la niñez más que las imágenes sólo comprende la exposición encadenada

de hechos, las fábulas y las consejas fáciles, cuyos simbolismos apenas si caben tras el cristal de una moraleja ajena a toda clase de complicaciones ideológicas.

Así, pues, el esfuerzo de González suplenía un doble trabajo: simplicidad imaginativa y sencillez verbal. Felizmente, para mayor gloria de su fortuna lírica, se traccionó a sí mismo, haciendo de sus "Himnos Escolares" una serie de hermosos poemas de los cuales muchos no desmenten sus mejores creaciones. En la mayoría de ellos el verso es rico, fluido y magnífico: recorre el poeta todos los metros desde el pentasílabo hasta las complicaciones de doce sílabas. Aún cuando se advierte su esfuerzo obstinado por mantenerse dentro de los límites de una máxima sencillez, a veces las imágenes se complican y la verbosidad frondosa oculta los vuelos de la idea. Con abiertas tendencias metafísicas en sus ideologías, González no fué siempre un poeta sencillo: la lectura de sus poemas supone de parte del lector una cultura nada vulgar; aunque no abusaba de los símbolos mitológicos ni de las complicaciones retóricas, gustaba sí del lenguaje raro y del consonante rico, llegando a veces hasta intercalar versos mediocres, forzados e incoherentes, a fin de llenar una rima necesaria. Todo lo cual campea en su himnario escolar sin las exageraciones características de sus poesías de más aliento. Cuando el poeta procura alcanzar una sencillez extrema, no lo consigue: es trivial y se advierte, sin mucho esfuerzo, el retorcimiento y el artificio, como una tela deja ver por el reverso la combinación de los hilos de su tejido.

Como preliminar de los "Himnos Escolares", léase la siguiente dedicatoria: "Al laborioso y abnegado héroe de la vida y la juventud que buscan la vida y el porvenir en el Libro, señor don Carlos T. Robinet, tiene el honor de dedicar estos "Himnos Escolares" su modesto autor.—P. A. G." Divídese luego el libro en cuatro pequeñas secciones: Hogar, Patria, Humanidad y Naturaleza, en cada una de las cuales quiso el poeta sintetizar las obligaciones, los amores y las normas del niño. Así habla en *Hogar* del sentimiento místico de las consejas del brujo y el duende; del sacrificio mater-

nal que pasa ignorado ante los ojos del niño; del amor hacia el padre:

Padre mío! Te saludo  
con ardiente regocijo.  
Aunque esté mi labio mudo  
está en él tu nombre fijo.

y del dolor sereno con que el adolescente debe recibir la noticia de su muerte cuando el padre haya descendido al sepulcro, dejando tras él una vida sin mácula, (sin dejar ninguna mancha, sobre su áspero camino); del cariño fraterno, (Tengo una hermana que adoro mucho—porque es muy pura, porque es muy buena); del amor a la cultura.

En *Patria* predomina la exaltación del sentimiento nacional, dentro de los límites humanitarios de la justicia y del buen sentido. Comienza el poeta por cantar a Arauco, en un pequeño y hermoso poemita lírico:

No son las de Arauco  
leyendas caducas.  
Las canta el mar glaucos  
al pie de sus rucas.

Con su estro de acero  
el mar se proclama  
el único Homero  
de su única fama.

Luego evoca al temerario Colo-Colo cuando se dirige a una asamblea donde le aguardan los suyos: el araucano monologa en medio de las selvas seculares:

Monologa ante su suerte  
bajo el son del soplo ronco  
con que zumba el Austro fuerte  
al chocar de tronco en tronco.

La patria y su historia deben ser para el niño una lección, tal es el sentimiento que el poeta procura invocar en sus versos. Por eso recuerda, junto con las hazañas de los guerreros los beneficios de las ciencias y del arte que ennoblecen la vida; por eso pide también que Chile y la Argentina deben vivir unidos por un sentimiento de paz, pues sellaron su unión fraternal en los campos de Maipo y en días memorables de gloria y de exaltación patriótica, y por eso también, al can-

tar a la Patria, entona sus himnos a la industria, al trabajo, a la vida y a todos los sentimientos fecundos de la humanidad.

En **Humanidad** el poeta pide que los niños conozcan y practiquen la piedad, pues sobre ella descansa una de las más altas virtudes del hombre. El hombre no ha nacido con privilegios y el más miserable tiene derecho para decirse nuestro hermano; y un pueblo que violenta los derechos y olvida tales sentimientos, no debe existir.

Pierde al fin su derecho a la vida,  
pierde al fin su derecho a su nombre,  
todo pueblo insensato que olvida  
que es el hombre el hermano del hombre.

Termina **Humanidad** con dos salmos de vida y aliento: uno a Gutenberg:

Salve a tí, salve a tí, Gutenberg de Ma-  
[guncia,  
cuyo genio inmortal en sí mismo se absorbe  
y a los lóbregos siglos de súbito anuncia  
que ya se hace la luz en la noche del Orbe.

Cada chispa que brota del viejo alfabeto,  
al moverse al impulso de tu fúlcida mano  
de la plancha fatal en que estaba sujeto,  
es un rayo que estalla de arcano en arcano

y otro en el cual evoca el nacimiento de  
las lenguas latinas, en el Lacio, y del fondo  
de la noche en la Edad Media:

Y en su ardiente crisol la Edad Media  
[elabora.  
con los átomos de oro del Verbo del Lacio  
el undívago effluvio, la esencia sonora,  
de las rítmicas lenguas que van al espacio

No dejó terminado González éste su libro que debía constar de otras divisiones más. *Naturaleza* pone término al volumen con una serie de poemitas, tal vez los más hermosos de todos los "Himnos Escolares". El segundo constituye una loa al sol, padre fecundo de la vida:

Eres tú quien abre y cierra  
las sagradas Estaciones  
que desfilan por la Tierra  
como augustas Creaciones!

En seguida habla el poeta de su amor por la tierra; dirige preciosas estrofas a la luna, sencillas y musicales:

Yo te adoro blanca Luna  
porque allá cuando era niño  
tú nimbaste ante mi cuna  
a mi madre con tu armiso.

predica un amor grande por lo pequeño  
por lo minúsculo, que constituye una parte  
del Universo y de la vida:

Amemos, amemos las múltiples cosas  
que forman la escala del vasto Universo.  
Amemos las zarzas, amemos las rosas,  
la hormiga y el cóndor, el aura y el ciervo.

por fin canta al Cosmos gigante, a las fuerzas supremas, donde los sabios interrogan los grandes misterios de la eterna renovación de la vida y a través de cuyo espacio ilimitado la idea arrastra su cauda de fuego.

Tal es, pues, el poeta de "Himnos Escolares". El mismo sentimiento universal que animaba sus mejores poemas de largo aliento, les da vida; las ideas son las mismas también: la ciencia, el arte y el pensamiento deben presidir en la orientación de la existencia del hombre. La naturaleza le dará las pautas de sus orientaciones. Dios será su norma. En cuanto a la forma, las estrofas del himnario muestran análogas virtudes que sus poemas de "Ritmos": el verso y la rima nun-

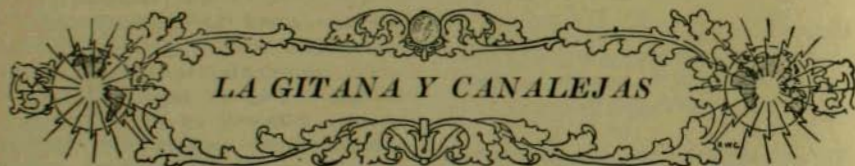


Nicho 1020 en la galería norte del Cementerio General

ca carecen de viril entonación: porque ante todo González es un poeta de grandes recursos, buen conocedor de los secretos armoniosos del lenguaje y de las bizarrías galanas de todos los metros. En los himnos predominan las combinaciones estróficadas con versos de cinco, de ocho, de diez y de doce sílabas. Al escoger la mayor parte de estos metros, González tuvo muy en cuenta que fueren adaptables al canto, de lo cual proviene la semejanza rítmica en todos ellos que hace resaltar a través de los poemas cierta nota de monótona uniformidad. González tuvo en vista al establecer voluntariamente cierta unidad de sucesión rítmica aquello de que la cadencia ayuda grandemente las asociaciones retentivas en la memoria de los escolares: para un niño le es más fácil retener los versos de ocho y diez sílabas, que los de once y catorce. Y González, que dictó clases desde su cátedra de castellano durante muchos años, conocía sobradamente la eficacia de semejantes re-

ursos, que la pedagogía no desdeña. Cuidando hasta los menores detalles, procuró adaptar las bizarrías de su lirismo a los caprichos de las imaginaciones infantiles: felizmente, los poemitas de su himnario brotaron de su estro ataviados con toda la magnificencia de su ropaje lírico habitual. Los escolares no habrían logrado familiarizarse jamás con ellos: no es un buen poeta, ciertamente, quien mejor pueda llegar a comprenderlos y consiga despojarse ante ellos de todas sus características para ponerse a la altura de sus mentalidades, desnudo de complicaciones, tembloroso de emoción y acorazado de sinceridad. Andersen aseguraba, a un su amigo, que lleva grandes desventajas el escritor que se dedica a componer cuentos para los infantes: "No es lo mismo—decía—escribir como un hombre y para los hombres, que pensar como un niño y para los niños, siendo un hombre."

ARMANDO DONOSO.



## LA GITANA Y CANALEJAS

Es rumor que una gitana había predicho muchos años atrás a Canalejas su trágico fin. Un día mientras en compañía de su secretario Francisco Ruiz, que era su camarada desde la infancia, se paseaba por las calles de Valencia, se le aproximó una gitana ofreciéndole predecirle la suerte. Es esta una oferta que todo legítimo español no sabe rehusar. Carmen canta: "las cartas son sinceras y no mienten jamás", y de ello están persuadidos todos sus compatriotas. La adivina sacó las cartas, las

extendió y leyó; sacudiendo la cabeza, tomó en su negra y callosa mano las del gran hombre y clavando en él fijamente la mirada, como tratando de hallar la confirmación o negación de lo leído, exclamó: "Juntos chicos, juntos viejos, juntos muertos", tras de lo cual se alejó metiendo en su bolsillo un duro que le dió Canalejas.

Juntos muertos: el señor Ruiz murió pocos días antes de que Canalejas fuese trágicamente asesinado!

R.

